

SOCIEDAD

Una joven será juzgada por manipular a su amigo esquizofrénico para conseguir dinero e inducirle a cometer un parricidio

La historia delirante por la que Isma mató a su padre

JESÚS GARCÍA, Barcelona

El 8 de junio de 2019, poco antes de las dos de la tarde, un incendio arrasó un piso en Vilanova i la Geltrú (Barcelona). Los bomberos llegaron a tiempo para salvar el edificio de las llamas y encontraron, en una de las habitaciones, el cuerpo calcinado de un hombre. Estaba tumbado boca abajo sobre la cama. Había trabajado de noche como vigilante de seguridad y dormía cuando todo ocurrió. Pero el fuego no le mató. Manuel Molina tenía signos de haber sido apuñalado en el tórax y en el cuello. Cuando su hijo, Ismael Molina —Isma—, llegó a casa con una mano vendada y sangrando, los Mossos le preguntaron qué había ocurrido. “Me fui a caminar y caí sobre unos vidrios”, mintió.

En comisaría, Isma —que ese día cumplía 21 años— se desmoronó. “Hoy no he visto otra solución. He cogido un cuchillo y se lo he clavado a mi padre por la espalda”, explicó. La policía tenía el cadáver, el autor y una confesión. Caso resuelto. Pero no iba a ser tan sencillo. Isma relató una historia complicada. Su padre no era quien decía ser, sino el miembro de un peligroso grupo mafioso que amenazaba con matar al resto de la familia (su madre y su hermana pequeña) pero también a su novia, Julia, y a los gemelos que —según creía Isma a pies juntillas— había tenido con ella. La única salida era matar al padre y saldar una deuda de 20.000 euros.

Isma no lo sabía —nadie le había diagnosticado aún—, pero estaba sufriendo una crisis aguda de esquizofrenia paranoide. Vivía un delirio. Ni su novia Julia existía, ni había tenido bebés con ella, ni su padre Manuel era un mafioso. La tesis de la Fiscalía es que todo había sido un montaje presuntamente orquestado por Alba Andreu, una chica de 19 años que en un año como amigos había adquirido un “poder supremo” sobre él que le valió para convencerle de que matara a su padre. El ministerio público pide 34 años y tres meses de cárcel para Alba por inducción al asesinato con alevosía, estafa e incendio, y la absolución para Isma, pese a ser el autor material del crimen, por alteración psíquica.

El juicio, con jurado popular, arranca este martes y deberá aclarar una pregunta. ¿Logró Alba lavar el cerebro de Isma con tanta eficacia como para empujarle al parricidio? El sumario del caso, al que ha accedido EL PAÍS, ofrece algunas claves.

Un grupo policial secreto y una novia imaginaria. Arnau S. era amigo íntimo de Isma. Se conocían desde el colegio, estudia-

ban juntos la carrera de Ingeniería informática, pasaban las horas jugando en el ordenador. En marzo de 2018 empezó a salir con Alba, a la que había conocido en Tinder, y no tardó en presentársela.

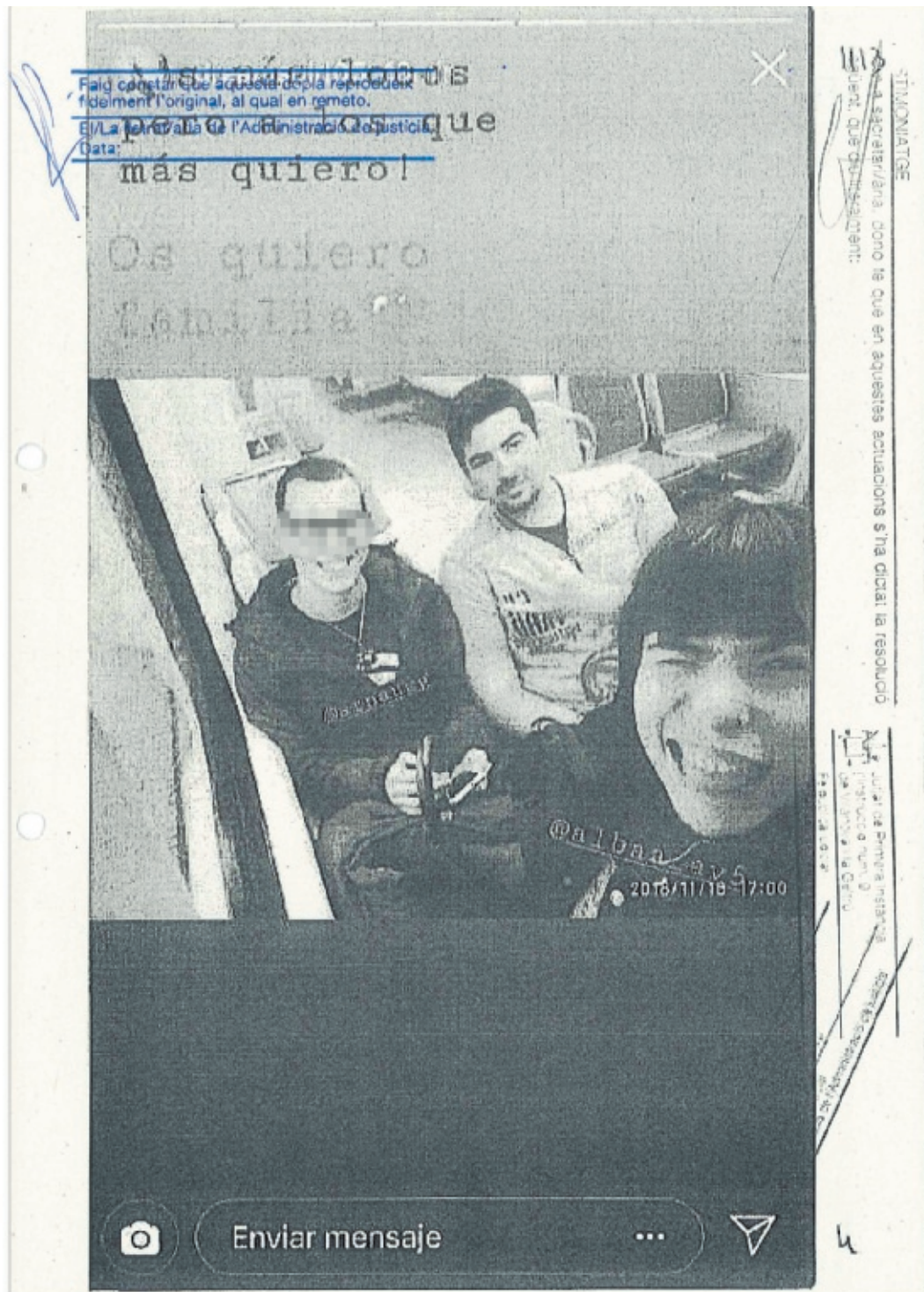
Pronto formaron un triángulo compacto. Alba, que había acabado la ESO y trabajaba como dependienta, observó que eran chicos introvertidos y “fácilmente manipulables”, según la Fiscalía. Les contó la primera de las mentiras que vendrían: formaba parte de “Baix”, un grupo secreto de los Mossos d'Esquadra que ayudaba a mujeres maltratadas y torturadas. Les invitó a unirse. “Nos hizo firmar un folio para colaborar”, declaró más tarde, ante los investigadores, Arnau, que rompió la relación un año después. “Pensé que era una broma, pero Ismael se lo tomó más en serio. Empezó a anotar matrículas de coches sospechosos en Vilanova. Hacía lo que Alba le decía”.

Mantener un grupo policial de ese nivel cuesta dinero, y Alba animó a Isma —su familia disfrutaba de una situación económica holgada y ella lo sabía— a sufragar los gastos. La presunta estafa empezó en febrero de 2019, primero con pequeñas cantidades (100, 300 euros) y luego con sumas más importantes que el chico le remitía desde una cuenta destinada a pagar sus estudios. Para no levantar sospechas de sus padres, indicaba como concepto “curso informática” o “feria informática”. Entregó 7.495 euros a Alba. Los Mossos han averiguado que la chica usó parte del dinero para comprar objetos caros, como teléfonos móviles o un patinete eléctrico.

Alejarse de la realidad

Alba no solo creó una novela policíaca para Isma. También le buscó una novia: Julia, un personaje que le sirvió para “intensificar el vínculo emocional” con él y que interpretó en cientos de conversaciones de WhatsApp. El chico acabó enamorado de una entelequia con la que se escribía cartas de amor con dibujos. Julia alegaba problemas personales y de salud para no verle. Lo curioso es que, estando ya en prisión, el chico explicó que una noche, cuando estaba borracho, creyó haberla conocido en persona: una chica “morena de rasgos latinos, madre cubana y padre español”. El despliegue narrativo de Alba fue de una exuberancia atroz. Convenció a Isma de que le entregara un bote con esperma y le hizo creer, con fotos de ecografías que sacaba de internet, que Julia estaba embarazada de gemelos.

Un mes antes del asesinato, los padres de Isma cerraron el grifo. Ya no iba a haber más transferencias. Alba formula entonces un nuevo giro dramático: le explica que Manuel Molina, su padre, tiene conexiones con la mafia y es una amenaza para la vida de Julia. La única solución pasa por matarlo y pagar 20.000 euros. Meses más tarde, desde el módulo psiquiátrico de Brians, Isma —con su esquizofrenia estabilizada con la medicación— contó que Alba le había detallado formas de co-



Una captura de pantalla de móvil y un dibujo que forman parte de la investigación policial sobre el presunto parricidio inducido por una joven en la localidad de Vilanova i la Geltrú (Barcelona).

La supuesta estafa económica empezó en 2019 y alcanzó los 7.495 euros

Ella no solo creó una novela policiaca, también le buscó una novia imaginaria

Le hizo creer que la víctima formaba parte de una mafia y era una amenaza

meter el crimen que siempre “acababan con el incendio del cadáver”.

El 8 de junio, tras dormir sobre unos cartones en la calle, convencido de que su padre tramaba el peor destino para él y los suyos, Isma se decidió. Escribió a Alba para confirmar que debía seguir adelante con el plan y ella “le interpeló para llevar a cabo la acción”, sostiene la Fiscalía. Subió al piso, cogió una navaja y la clavó torpemente sobre el cuerpo de su padre. Más adelante dijo que no se sentía culpable, sino “aliviado”. Julia y los gemelos estaban a salvo. “Me comí una magdalena porque tenía hambre”. Luego roció el cuerpo con productos inflamables, salió a la calle a caminar y, tal como le había indicado Alba, formateó el móvil y lo tiró al mar. Ya en prisión, lamentó haber creído “cosas absurdas”.

Isma pasó dos años en prisión provisional, pero ahora la Fiscalía solicita su absolución y su ingreso en un centro psiquiátrico. La responsabilidad, para la acusación, se centra en Alba, que aisló al chico, le “alejó de la realidad” e hizo que germinara en él la idea de matar a su padre, un “obstáculo en su propósito económico” de enriquecerse a su costa. Tras intervenir su teléfono móvil por orden del juez, los Mossos detuvieron en noviembre de 2019 a Alba, que permaneció dos meses en prisión provisional.

La defensa de la chica, que ejerce el penalista Eloi Castellarnau, buscará su absolución. El informe pericial encargado por el juez asegura que presenta “rasgos esquizoide y sádicos”, aunque no aprecia “delirios o fabulación patológica”. Pero los informes encargados por la defensa ahondan en la biografía de una niña con padre alcohólico, una adolescente que sufrió *bullying* en el instituto y una joven que se define como “una pringada” y que encontró en las ensañaciones una forma de “protegerse de la realidad”. Esos peritos añaden que no tiene “inteligencia para manipular” y que es “incapaz de inducir a nadie a cometer un homicidio”. En 2016, cuando fue atendida por acoso escolar, un doctor dejó escrita una frase que, a la luz de la tesis de la Fiscalía, resulta paradójica: Alba es una chica “altamente vulnerable frente a la manipulación de los demás”.

J. A. AUNIÓN / I. VILA, Madrid
Javier Tourón (Vigo, 70 años), catedrático emérito de la Universidad Internacional de la Rioja (UNIR), es uno de los investigadores de referencia en España en el ámbito de las altas capacidades. Tourón describe un panorama de creciente interés sobre el asunto, pero en el que todavía reinan la confusión, la descoordinación y los viejos prejuicios. Explica que la academia dejó atrás hace tiempo una visión “muy monolítica, unitaria”, expresada por una cifra, la del cociente intelectual, para adoptar otra “mucho más global, donde se tienen en cuenta las capacidades o aptitudes diferenciales de la persona”, pero también factores ambientales y las llamadas *soft skills*, esas habilidades blandas que tienen que ver con la motivación o la determinación. Tourón responde a EL PAÍS por videoconferencia.

Pregunta. ¿Qué son las altas capacidades?

Respuesta. Las capacidades son aptitudes que las personas tienen en inicio, pero que han de convertirlas en talento al aplicarlas a campos de actividad concretos. ¿Qué media entonces entre la capacidad o aptitud y el talento o la competencia? La educación, el trabajo. Las personas no son de altas capacidades —antes se les llamaba, incorrectamente, creo yo, superdotados—, sino que tienen unas capacidades destacadas, y en distinto grado, que están en proceso de desarrollo.

P. ¿Qué características comunes pueden ser señal de altas capacidades?

R. Suelen ser más precoces. Normalmente, son lectores precoces, hacen preguntas que son impropias de su edad, tienen una gran motivación por saber cosas de todo tipo, es decir, del cosmos, el universo, la vida y la muerte, la existencia de Dios... Y tienen una gran motivación y una gran concentración en lo que les interesa, impropia de los niños pequeños, y una gran capacidad de relación, de visiones de conjunto. También suelen ser personas muy sensibles que detectan cuál es la actitud hacia ellos de los adultos, u otros niños, que les rodean.

P. Pero también tienen características distintas entre sí.

R. Las altas capacidades son evolutivas y multidimensionales. Hay patrones muy diversos. Pueden tener capacidades muy desarrolladas en el razonamiento cuantitativo o el razonamiento verbal, o en ambas, o pueden tener una visión espacial muy alta... Es decir, hay niños que pueden ser muy buenos con la robótica y ser inútiles para lanzar una pelota o para temas de lengua o de ciencias, o de lo que fuere. Luego, hay aspectos no cognitivos muy importantes, como el optimismo, el coraje, el romance con la disciplina, la sensibilidad a las preocupaciones humanas, la energía física...

JAVIER TOURÓN

Catedrático emérito de Educación

“El drama escolar de los niños con altas capacidades es extraordinario”



Javier Tourón, catedrático emérito de Educación, en una imagen facilitada por él.

P. ¿Hay un consenso académico internacional en torno a estas ideas? ¿Y tiene reflejo en cómo las administraciones españolas abordan el asunto?

R. Hay consenso internacional, sí. Pero la administración le da bastante la espalda. No hay un acuerdo, una definición en España que esté acrisolada y que esté escrita en algún sitio. Algunas comunidades legislan entendiendo que para que un niño sea acreedor de una medida diferencial o una atención diferencial tiene que tener un rendimiento excelente en todas las materias, con lo cual se está confundiendo la capacidad con el rendimiento. De hecho, los niños con altas capacidades no tienen por qué sacar buenas notas.

P. ¿Esto deja a muchos fuera?

R. Hay aproximadamente 8,2 millones de estudiantes en el sistema educativo no universitario y tenemos identificados —vamos a suponer que correctamente, que es mucho suponer— a 40.916 con altas capacidades, según el Ministerio de Educación.

“La administración da bastante la espalda al consenso académico”

“Se trata de ofrecer a cada estudiante lo que mejor conviene para su desarrollo”

Eso quiere decir que son un 0,5%. Hay autores que dicen que, como mínimo, deben ser el 15% o el 20% superior. Pero pongamos un objetivo más modesto, del 10% o del 5%. En ese caso, *grosso modo*, entre el 90% y el 98% de los alumnos que presumiblemente necesitan atención diferencial están sin detectar. Pero, ¿cuándo necesitamos empezar a diferenciar la intervención educativa? Ahora mismo, la identificación se está tomando de una manera

reactiva, es decir, cuando un niño plantea algún problema. Mi planteamiento es que todas las escuelas deberían estar obligadas a evaluar la capacidad de todos sus estudiantes, todos, para tratar de adaptar el currículo a sus velocidades de aprendizaje y necesidades educativas.

P. Porque usted insiste en que la labor de la escuela en estos casos es fundamental.

R. Las actividades extraescolares, la familia, obviamente, tienen su papel, pero el problema más grande, para mí, está en la escuela, porque el niño pasa ocho horas al día y ahí es donde tenemos que hacer un esfuerzo por pensar en el desarrollo singular. La gran dificultad es que la escuela está organizada en función de la edad, no de la capacidad y la competencia, por tanto, asume un principio que es difícilmente sostenible: que todos los niños de la misma edad tienen las mismas necesidades educativas. O que todos los niños de la misma edad, por decirlo de otra manera, pueden calzar zapatos del mismo número.

P. ¿Qué debería hacer entonces la escuela?

R. Se trata de ofrecer a cada estudiante lo que mejor conviene para el desarrollo de su potencial. Y la personalización del aprendizaje conviene para los niños con alta capacidad y para todos los demás. De hecho, los profesores, cuando tienen alumnos con dificultades, ¿qué hacen? Ajustarse a sus déficits con adaptaciones curriculares o con profesores de apoyo, toda una serie de medidas que deberían, por la misma razón, aplicarse igualmente con los niños que tienen más capacidad. De lo que se trata es de convertir las escuelas en ámbitos de desarrollo del talento, no en lugares donde a todo el mundo se le trate igual.

P. ¿Y qué pasa si no se atiende adecuadamente a los chicos y chicas con altas capacidades?

R. Significa la pérdida de su posible talento. Pero, además, el drama afectivo y emocional que viven estos niños en la escuela es extraordinario. Sufren un desgaste que a veces se puede traducir en trastornos de diferente gravedad y de diferente índole: emocionales, psicológicos... Y supone, también, un drama enorme para esos padres que ven que tienen que estar peleando perennemente y forcejeando con una escuela que no está dispuesta a atender la diversidad, por mucho que digan que sí. Por ejemplo, hemos visto que los niños de alta capacidad sufren el doble de *bullying* que el resto, porque son vistos como distintos. La escuela tiene que enseñar a aceptar y a respetar la diversidad de las personas: unos juegan bien al fútbol, otros son muy buenos en matemáticas, otros fantásticos en química, otros en la literatura y otros somos corrientes en todo y hacemos lo que podemos.